

El vuelo de la flecha

Mercedes Lackey

Traducción:  
Rebeca Rueda Salacies



## Al acecho en la tormenta

El heraldo perseguía a una aparición helada a través del bosque azotado por la tormenta, a un ser que por un momento era un lobo y al siguiente se convertía en viento o en una perversa mezcla de ambos. Aquel ser lo miró con desprecio por encima del hombro a través de remolinos de nieve que lo ocultaban parcialmente; de sus colmillos colgaban carámbanos de hielo y de él emanaban frío y maldad.

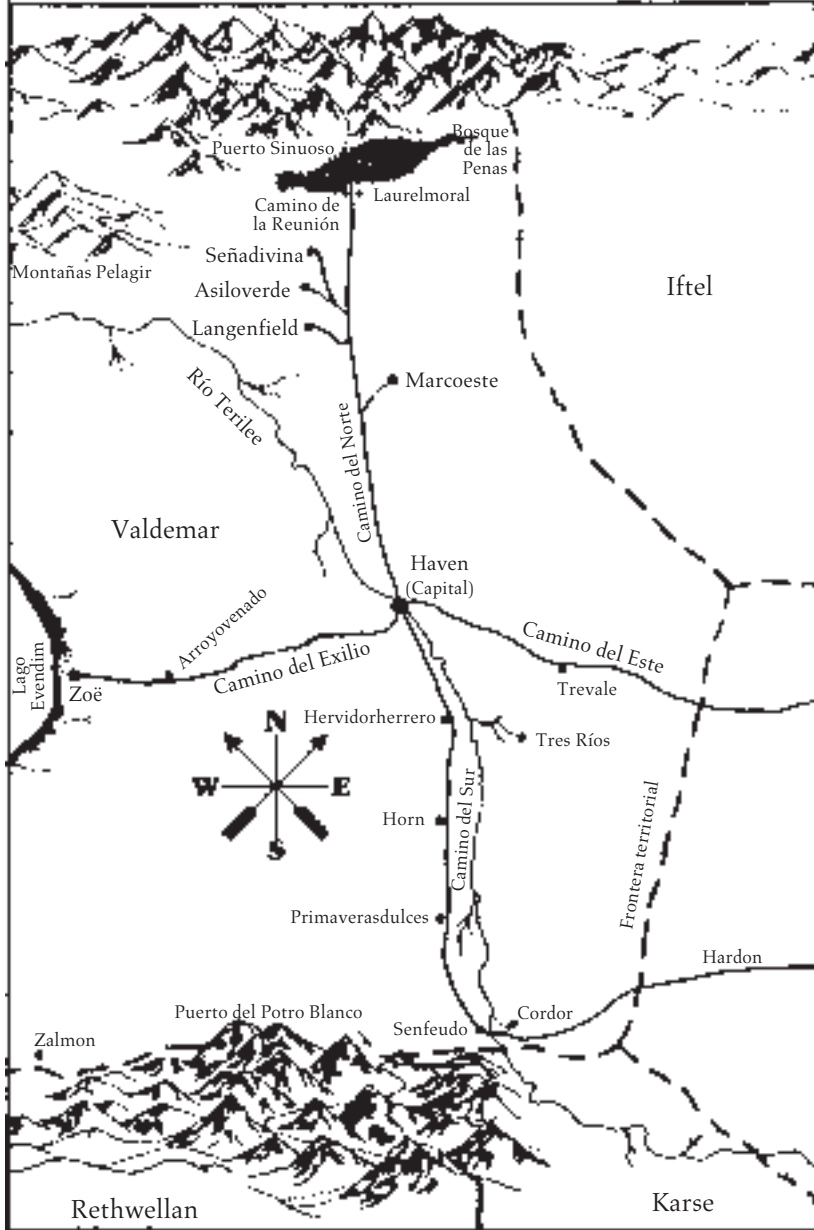
Talia llevaba la delantera. Al mirar al suelo, el heraldo vio las huellas que iba dejando, pero no pudo localizarla a través de las cortinas de nieve que se agitaban a su alrededor. Se dio cuenta de que el lobo-viento la estaba acechando a ella...

El heraldo avivó el paso, pero el viento soplaba en su contra, le arrojaba dagas de hielo y le cegaba con enjambres de copos de nieve. Aquello que avanzaba por delante de él aulló con una larga nota de triunfo y hambre insaciable. Se estaba alejando cada vez más y alcanzaría a Talia antes que él. Intentó avisarla con un grito...

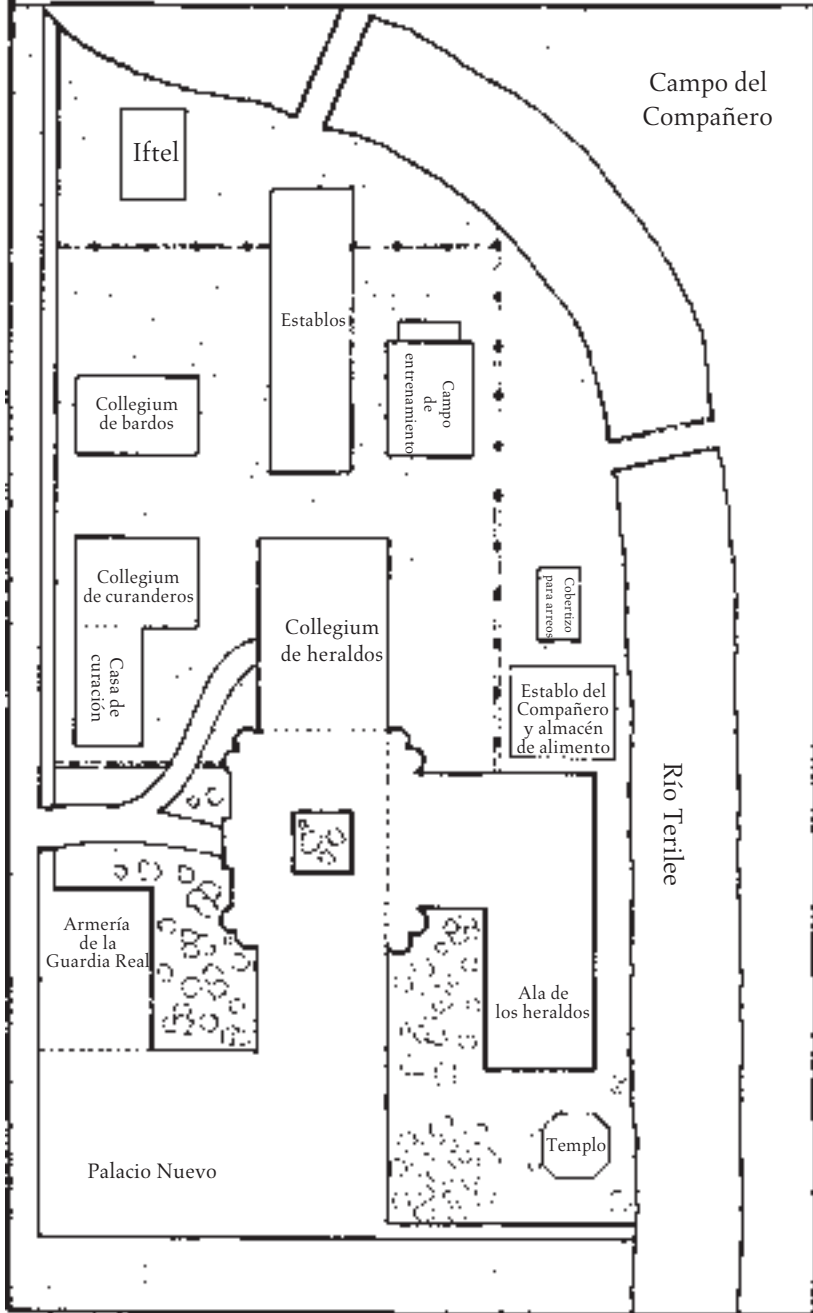
A Carolyn,  
ella sabe por qué.

# El reino de Valdemar

Reinado de la reina Selenay



# Collegia de Haven (Capital)



## Prólogo

Hace mucho tiempo, tanto que los detalles del conflicto se han perdido y no se recuerdan más que algunas leyendas, las terribles guerras de brujería acabaron con el mundo de Velgarth. Su población quedó diezmada y los campos de cultivo se abandonaron al avance del bosque y a las criaturas mágicas que se habían utilizado en la lucha. Quienes lograron sobrevivir emprendieron el camino a la costa este, para recomponer allí sus maltrechas vidas. Sin embargo, los humanos son criaturas resistentes y su población no tardó en recuperarse, con lo que de nuevo fueron muchos los que volvieron al oeste para reclamar a la naturaleza sus antiguos territorios.

Uno de esos reinos era Valdemar. Fundado por el antiguo barón Valdemar y aquellos de sus seguidores que prefirieron el exilio a sufrir la cólera de un monarca cruel y egoísta, el reino de Valdemar se encontraba en el extremo noroccidental del mundo civilizado. Debido en parte al carácter de sus fundadores, Valdemar ofrecía asilo a fugitivos y exiliados y, con el paso de los años, las costumbres y hábitos de su pueblo se convirtieron en una colorida amalgama que incluía numerosas lenguas. De hecho, la única norma que guiaba a todos los monarcas de Valdemar era: «No hay un único camino correcto y verdadero».

Un reino con semejante variedad de súbditos habría sido imposible de gobernar de no ser por los heraldos de Valdemar.

Los heraldos cumplían muchas funciones: supervisaban el gobierno, administraban justicia, reunían información e inclu-

so podían actuar temporalmente como consejeros militares. Respondían solo ante el monarca y su propio círculo de iguales. Puede que un sistema como este favoreciese el abuso, y así habría ocurrido de no ser por los Compañeros.

Para cualquier profano, un Compañero no sería más que un caballo blanco de aspecto imponente. Sin embargo, eran mucho más que eso. Enviados por un poder o poderes desconocidos en respuesta a las súplicas del propio rey Valdemar, eran los Compañeros quienes escogían a los nuevos heraldos y creaban con ellos un vínculo mental que solo la muerte podía cercenar. Aunque nadie sabía exactamente su grado de inteligencia, se creía que su capacidad era al menos igual que la de sus socios humanos. Los Compañeros podían elegir —y así lo hacían— sin tener en cuenta el sexo o la edad del futuro heraldo y solían escoger a jóvenes que acababan de entrar en la adolescencia, sobre todo chicos. Los elegidos, aparte de mostrar cualidades como paciencia, generosidad, responsabilidad y una heroica devoción al deber, tenían en común el presentar indicios de habilidades psíquicas. La convivencia con el Compañero y el consiguiente desarrollo de su vínculo incrementaban los poderes paranormales latentes en el elegido. Con el tiempo, conforme los elegidos comprendían mejor sus dones, aprendían también técnicas especiales que les ayudaban a controlar y usar estos en todo su potencial. De forma gradual, estos dones desplazaron en importancia al conocimiento de la «magia verdadera», hasta que todos olvidaron que, en Valdemar, hubo un tiempo en el que esa magia se enseñó y se usó.

Así, el gobierno de Valdemar evolucionó; el monarca, asesorado por su Consejo, redactaba las leyes, mientras que los heraldos las aplicaban y vigilaban su cumplimiento. A los heraldos se les consideraba incapaces de corromper o abusar de sus poderes; los elegidos tenían, por naturaleza, un marcado espíritu de sacrificio que su adiestramiento se encargaba de reforzar. Y así debía ser, ya que los heraldos morían no pocas veces en el cumplimiento de su deber. Sin embargo, y a pesar de todo, eran humanos, la mayoría jóvenes que vivían al límite, por lo que

resultaba inevitable que cuando no estaban de servicio, tuvieran cierta tendencia al hedonismo y fueran cualquier cosa menos castos. Sin embargo, las relaciones de los heraldos raramente iban más allá de la amistad o el placer del momento, quizá porque su vínculo de amistad era muy fuerte y porque la unión entre heraldo y Compañero dejaba poco espacio para crear ninguna otra relación de carácter permanente. En cualquier caso, ni nobles ni plebeyos se lo tenían en cuenta porque a pesar de que los heraldos pudieran ser unos libertinos cuando estaban de permiso, en cuanto se ponían su blanco uniforme, se transformaban en otro ser, ya que un heraldo de uniforme era un heraldo de servicio y un heraldo de servicio no tenía tiempo para nada que no fuera cumplir con su deber, mucho menos para frivolidades como la búsqueda de su propio placer. Sin embargo, algunos no los miraban con buenos ojos, y esas excepciones ocupaban puestos de mucho poder.

Las leyes dictadas por el primer rey establecían que el monarca también debía ser un heraldo. De esta forma, se garantizaba que el gobernante de Valdemar jamás sería un tirano como el que obligó a los fundadores del reino a abandonar sus hogares.

El segundo en importancia, después del monarca, era el heraldo conocido como el «heraldo del rey o la reina». Elegido por un Compañero especial, un semental que jamás envejecía, aunque no era inmortal, el heraldo de la reina ocupaba el puesto de confidente, amigo fiel y consejero del gobernante. Así, los Monarcas de Valdemar sabían que siempre tendrían cerca al menos una persona en la que confiar bajo cualquier circunstancia. Esta organización del poder proporcionaba dirigentes estables y fiables y, por lo tanto, un gobierno seguro y consolidado.

Durante generaciones, se creyó que el rey Valdemar había dado con el sistema perfecto; sin embargo, hasta las mejores estrategias pueden acabar burladas por el azar o la casualidad.

Bajo el reinado de Sendar, el reino de Karse, que lindaba con el sudeste de Valdemar, contrató a una nación nómada de

mercenarios para que atacaran Valdemar. Durante la consiguiente guerra, Sendar fue abatido y su hija, Selenay, le sucedió en el trono a pesar de que no tenía experiencia pues acababa de completar su preparación como heraldo. El heraldo de la reina, un hombre ya mayor llamado Talamir, se sentía confuso e incómodo con frecuencia por tener que aconsejar a una joven tan atractiva y testaruda. Como consecuencia, Selenay se equivocó al elegir marido; un error que casi le cuesta el trono y la vida.

Fruto de ese matrimonio nació una niña, la posible heredera, a la que Selenay llamó Elspeth. Elspeth creció bajo la nefasta influencia del aya que su padre trajo expresamente de su tierra y que la convirtió en una niña intratable y caprichosa. Resultaba evidente que si las cosas seguían como hasta entonces, la niña jamás sería una elegida y, debido a ello, no podría reinar. Esto dejaba a Selenay solo dos opciones: una era la de volver a casarse, con los riesgos que ello implicaba, e intentar tener otro heredero más adecuado o usar su poder para nombrar heredero a un elegido que además fuera del linaje correcto. La otra posibilidad era salvar a la heredera. Talamir ideó un plan con bastantes probabilidades de éxito que consistía en alejar a la niña de la influencia de la niñera y de la corte, y encomendar su cuidado a personas cabales que no le permitieran ninguna tontería.

Poco después, Talamir fue asesinado y su muerte sumió de nuevo al reino en la confusión. Su Compañero, *Rolan*, eligió a un nuevo heraldo de la reina, pero en lugar de escoger a un adulto o a alguien que ya fuera heraldo, prefirió a una adolescente llamada Talia.

Talia era de Holderkin, un puritano pueblo fronterizo cuyos habitantes procuraban mantenerse aislados del mundo exterior. Talia no tenía ni idea de lo que significaba que un Compañero la buscara y se la llevara consigo. En su mundo, las mujeres ocupaban posiciones subordinadas y el inconformismo era castigado severamente. Como Talia no estaba hecha para realizar tareas menores, lo único que oía era que

todo lo que decía y hacía estaba mal o, en el peor de los casos, que era un gran pecado. No estaba preparada para el nuevo mundo de los heraldos y su collegium. Sin embargo, en lo que sí tenía experiencia era en cuidar y enseñar a niños pequeños, ya que tuvo que ocuparse de los más jóvenes de su feudo desde que cumplió los nueve años.

A pesar de todo, encontró un verdadero hogar entre los heraldos y consiguió domar a la posible heredera. Ahora la esperaban un año y medio de trabajo de campo y un desafío que jamás soñó con superar.

*¡Chas!*

La espada de entrenamiento de Alberich crujió al chocar contra el costado desprotegido de Talia. No lo vio venir, ni por asomo. Le dolió bastante y apostaría cualquier cosa a que, a pesar del jubón acolchado que había absorbido parte del impacto, mañana tendría un moratón. Las espadas de entrenamiento eran de madera y ello llevaba a Alberich a blandirlas con más fuerza si cabe.

—¡Ah! —escupió con rabia y se abalanzó de nuevo sobre ella sin darle tiempo a que se recuperara del último ataque. Esta vez conectó con su daga a la altura del codo. Talia gritó. El golpe fue tal que le entumeció el brazo, haciéndole perder el arma.

El instructor clavó sus ojos de halcón en Talia sin el menor asomo de piedad mientras que su rostro, cubierto de cicatrices, se convertía en una especie de máscara diabólica que reprochaba su falta de técnica.

Tendría al menos cuarenta y tantos años, quizá más, pero no había perdido ni un ápice de reflejos y habilidad en los cinco años que hacía que Talia lo conocía. Mientras ella jadeaba por el esfuerzo, él parecía que venía de dar un agradable paseo. Su ropaje de cuero negro, hasta donde Talia podía recordar, era el único heraldo en activo que jamás vestía de blanco, no mostraba apenas manchas de sudor. El sol de la tarde que caía sobre todos ellos, lo hacía parecer tan delgado e insustancial como una sombra y resultaba igualmente difícil de atrapar.

—¡Cuánto siento que Skif no esté aquí para verte! ¡Seguramente se habría muerto de risa! —dijo con un gruñido—. Dieciocho años y parece que tengas ocho. ¡Eres lenta, torpe y boba! ¡Si llego a ser un asesino...!

—Habría muerto de miedo antes de que me tocaras.

—¡Sí, tú bromea! Aquí aprendemos a luchar, no a hacer chistes. Cuando quiera reírme, buscaré un bufón. Repetimos y esta vez hazlo bien.

Justo cuando estaba a punto de rendirse de agotamiento, Alberich dirigió su atención a Elspeth. Como ambas merecían un tutelaje especial, se decidió en su momento cambiar la hora de sus clases para que el maestro de armas atendiera en exclusiva a la heraldo de la reina y a la posible heredera. En lugar de utilizar el campo de entrenamiento al aire libre, las dos practicaban en la *salle*. Se trataba de un edificio parecido a un granero con suelos de madera cubiertos de arena, espejos en las paredes y ventanas en el clerestorio pensadas para que entrara la mayor cantidad de luz posible. Aquí era donde se impartían las clases cuando hacía mal tiempo, pero no había espacio suficiente para los concurridos entrenamientos ni para las clases de los aspirantes a heraldos, bardos y curanderos del collegium. Solo aquellos privilegiados que acudían a clases particulares con Alberich las recibían en la *salle*.

Libre de la atención del instructor, los pensamientos de Talia volvieron a centrarse en la sorpresa que se había llevado aquella misma tarde.

Talia tiró de la prenda y se retorció impaciente hasta que consiguió colocarse la elástica y suave túnica de cuero blanco sobre la cabeza. Cuando por fin cubrió con ella la blanca camisa de seda china y los pantalones de cuero, se dio la vuelta para ver cómo le quedaba el conjunto en el espejo de metal pulido que se encontraba frente a ella.

—¡Vaya! —rió no sin sorpresa—. ¿Por qué el uniforme gris no sienta tan bien?

—Porque —contestó arrastrando las palabras una voz ronca desde la habitación contigua— vosotros, los jóvenes, os entenderíais haciendo cualquier cosa menos estudiar.

Talia rió, volvió a mirarse en el espejo y comenzó a arreglarse. Hoy era el aniversario de su primera clase en el collegium de heraldos, un dato que se le había olvidado hasta que Keren y Sherrill, mujeres heraldos además de instructoras y viejas amigas de Talia, entraron en su habitación cargadas con un uniforme blanco y amplias sonrisas.

La razón era que el círculo de Heraldos había debatido, durante menos de cinco minutos, y acordado por votación el nombramiento de Talia como heraldo de pleno derecho, junto con los demás compañeros de su promoción. Esto no supuso ninguna sorpresa para nadie en el collegium, aunque, según dictaba la tradición, los alumnos no debían saber cuándo iban a ser evaluados hasta que la evaluación hubiese concluido con resultado favorable para ellos.

Keren y Sherrill reclamaron para sí el derecho de comunicarle las buenas noticias.

Ni siquiera le dieron la opción de preguntar, simplemente aparecieron en su puerta, la cogieron cada una de un brazo, la condujeron por el largo y oscuro pasillo cubierto de madera de la zona de dormitorios, le hicieron bajar las escaleras hasta el primer piso y la sacaron por las puertas dobles.

Después, la llevaron al despacho del mayordomo para que escogiera sus nuevos aposentos y ahora se encontraba de pie, en el dormitorio del alojamiento elegido, maravillada ante su imagen en el espejo.

—¡Parezco toda una mujer, para variar!

—Esa es la idea —sentenció Sherrill entre carcajadas.

Ladeó la cabeza mientras observaba su figura pequeña y esbelta reflejada en el espejo. Sus revoltosos rizos cobrizos estaban tan desordenados como siempre, pero ahora daba la sensación de que ocupaban el lugar que les correspondía. Sus enormes y profundos ojos marrones que antes irradiaban inocencia ahora parecían más sabios; el rostro en forma de corazón

ya no era tan infantil. ¡Y todos esos cambios se debían al mágico nuevo uniforme!

—Talia, vas a empezar a hincharte como un pavo real en época de celo si no tienes cuidado. —Keren interrumpió el hilo de sus pensamientos una vez más. Al estirar el cuello para fisgar tras la puerta, Talia pudo ver el gesto de ironía en el rostro de la instructora de equitación que se había repanchingado sobre el sofá de madera y los cojines rojos de la otra habitación.

—¿No sabes lo que dice el *Libro del Uno*?—añadió Sherrill con aire de reprobación mientras miraba por encima del hombro de su compañera—. «El orgullo desmedido engendra una humillación pareja».

Talia salió del dormitorio para unirse a ellas. Las dos estaban cómodamente instaladas en el cuarto contiguo a medio amueblar, compartiendo el único sofá.

—Y ahora me diréis que ninguna de las dos pasó ni un minuto delante del espejo cuando recibisteis vuestro primer uniforme blanco —demandó Talia sarcástica, mientras se acercaba a ellas con las manos cruzadas tras la espalda.

—¿Quién? ¿Yo? —replicó Sherrill con fingida inocencia, alzando su delicada mano y agitando las gruesas pestañas negras que enmarcaban unos ojos color avellana—. ¿Y alimentar así mi vanidad? Bueno, quizá un poco.

—Pues yo sé de buena tinta que estuviste medio día acicalándote. Según parece, probaste en esa negra melena tuya todos los peinados que se te ocurrieron, para ver cuál de ellos quedaba mejor con el nuevo uniforme —contraatacó Keren cortante, pasándose los dedos por el corto cabello castaño, que ya había empezado a encanecer.

Sherrill se limitó a sonreír y a cruzar las piernas con elegancia mientras se recostaba sobre los cojines.

—Eso ha sido un golpe bajo porque desconozco lo que hiciste tú el día que recibiste el uniforme.

—Oh, yo también estuve un buen rato mirándome en el espejo —admitió Keren con fastidio fingido—. Cuando se es

tan flacucha como un palo y se está tan lisa como una tabla, resulta bastante asombroso verte con algo que favorezca. Juro que no sé cómo lo hacen, el diseño es el mismo para todo el mundo y no difiere tanto del uniforme gris de los estudiantes...

—Pero, dioses, ¡menudo cambio! —apostilló Sherrill—. No conozco a nadie que no esté estupendo con el uniforme blanco. Incluso Dirk está presentable. Arrugado, pero presentable.

—Bueno, ¿qué tal estoy? —preguntó Talia girando sobre las puntas de los pies y sonriendo con picardía a Keren.

—¿Que cómo estás? Maravillosa, demonio de niña. Pero como sigas buscando halagos, te arrojaré yo misma al abrevadero de los caballos. ¿Sabes ya algo de tus prácticas?

Talia negó con la cabeza y volvió a cruzar las manos tras la espalda.

—No. Solo me explicaron que el heraldo con el que me quieren emparejar está en una misión, pero no quisieron decirme de quién se trata.

—Es el procedimiento habitual. No quieren que tengas tiempo para pensar en cómo impresionarle —contestó Sherrill. De repente, sus ojos brillaron con picardía—. Oh, ¡pero se me ocurre una posibilidad que haría que Nerrissa se subiera por las paredes!

—¿Qué? —preguntó Talia, ladeando la cabeza.

—Kris y Dirk estarán de vuelta en un par de semanas y, como tú bien sabes, Dirk es el mentor del último novato, tu amigo Skif, ¡así que ahora le toca a Kris! ¡Nessa se va morir de envidia!

—Sherrill, son solo unas prácticas.

—¿Un año y medio de patrulla a caballo, casi siempre los dos solos y dices que son solo unas prácticas? Talia, ¡a ti no te corre sangre por las venas! ¿Tienes idea de la cantidad de horas que Nessa, y la mitad de las mujeres del círculo, pasan de rodillas, rezando para que les asignen una misión semejante? ¿Seguro que eres de las nuestras?

Talia ahogó una risilla y arrugó la nariz mirando a sus amigas.

—Seguro. Pero ¿para qué quiere Nessa seducir a Kris? Ya tiene a casi todos los hombres del círculo a sus pies.

—La fascinación de lo inalcanzable supongo —explicó Keren; sus ojos medio cerrados solo dejaban ver un destello de iris marrón—. No es que Kris haya hecho voto de castidad, pero es tan discreto con sus flirteos que nadie se entera de nada. A Nessa la tiene medio loca y cuanto más lo persigue ella, más rápido corre él. Ahora está tan cautivada por la caza como por su atractivo.

—Pues, por mí, que lo persiga cuanto quiera, la cara bonita de Kris no me impresiona lo más mínimo —replicó Talia con firmeza.

—¿Ni su estupendo cuerpo...? —añadió Sherrill.

—Ni su estupendo cuerpo. Por lo que a mí respecta, Nessa se puede quedar con todos los cuerpos estupendos del círculo. Los hombres de Holderkin son todos muy atractivos y puedo pasar sin ellos. De joven, mi padre era tan guapo como Kris y ya os he contado la clase de tirano que fue. Y si los preferís rubios, mi difunto hermano Justus, cuya pérdida no lamento, no solo era más guapo todavía, sino también la persona más repugnante que he conocido. Yo los prefiero con buen corazón, aunque el envoltorio sea modesto.

—Sí, pero Kris es un heraldo —señaló Sherrill, y golpeó su muslo con el dedo índice para enfatizar sus palabras—. Eso es una garantía de buen corazón sin tener que conformarte con una fachada vulgar. En nuestras filas no hay sitio para cabrones guapos y encantadores.

—Sherri, esto es todo pura especulación. Hasta que no sepa con quién haré las prácticas, no pienso calentarme la cabeza —replicó Talia con firmeza.

—Eres una aburrida.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Dirk es el mentor del sinvergüenza de Skif —añadió Keren pensativa—. Tú y Skif tuvisteis vuestro momento. Hasta corrían

ciertos rumores acerca de vosotros dos, si no recuerdo mal. ¿Esa es la razón de que no te interese el socio de Dirk?

—Quizá. —Talia sonrió enigmática. El hecho de que su «romance» no hubiese llegado realmente a nada era algo que solo sabían Skif y ella. La racha de mala suerte y accidentes que plagaron sus encuentros no afectó a su amistad; excepto que nunca lograron ser más que eso: amigos. Sin embargo, aunque parezca extraño, salvo por un breve periodo de angustia en el que se dijo que Skif había resultado herido durante sus primeros tres meses de servicio, Talia había pensado menos en Skif y más en su mentor. Para su sorpresa, y sin encontrar ninguna razón, real o imaginaria, que lo explicara, cuando pensaba en el antiguo ladrón y en su misión de prácticas, era Dirk quien le venía a la cabeza. Esto la desconcertaba: solo había hablado con él en tres ocasiones y nunca habían pasado juntos más de una hora; dos, a lo sumo. Sin embargo, ese rostro vulgar y sus maravillosos ojos azules se aferraban con obstinación a sus pensamientos. Aquello no tenía ningún sentido.

Sacudió la cabeza para liberarse de su recuerdo. No podía malgastar el poco tiempo del que disponía soñando despierta.

—Bueno, este ligero cambio de vestuario seguro que sorprende a la pequeña Elspeth —dijo Sherrill cambiando de tema.

—¡Señora de las luces! —Talia se dejó caer sobre los cojines, la alegría se había esfumado. En aquel momento, le pareció que los rayos de sol que entraban por las ventanas brillaban menos—. Pobre Elspeth...

—¿Ocurre algo? —preguntó Keren enarcando una ceja.

—Lo de siempre.

—¿Qué es lo de siempre? Ya sabes que no frecuento la corte.

—Las intrigas han pasado a ser más que rumores. Elspeth ya tiene casi catorce años y aún no ha sido elegida; en la corte se dice que, en el fondo, sigue siendo la misma niña malcriada de siempre, y que por eso jamás se convertirá en heraldo. En las reuniones del Consejo siempre hay uno o más consejeros presio-

nando a Selenay para que nombre lo que ellos llaman un «heredero temporal».

—¿Quién? —preguntó Sherrill alarmada, irguiéndose en su asiento—. ¿Quién mete cizaña?

—¡Sabes que no te lo puedo decir! De todas formas, no son solo los Consejeros, se trata de más de la mitad de la corte. Elspeth no dice mucho, pero yo sé que está triste; pobrecilla. Además, no podían haber escogido un momento peor. La adolescencia la ha sumido en un estado taciturno y melancólico, y toda esta situación la tiene al borde de las lágrimas de forma casi permanente. Cuando no está llorando en mi hombro, se marcha al campo del Compañero y pasa allí su tiempo libre, esperando...

—A ser elegida en cualquier momento. Dioses, no me extraña que siempre tenga esa cara tan larga. ¿Qué dice *Rolan* de todo esto?

—¡No tengo ni idea! —El rostro de Talia reflejaba exasperación—. Ya sabes que él no me habla con palabras.

—Perdona. —Keren se estremeció—. Siempre se me olvida.

—Está preocupado, pero podría ser por las maquinaciones y las maniobras de poder de la corte o por cualquier otra cosa. Los candidatos actuales son Jeri, Kemoc y vuestro queridísimo Kris.

—Todos ellos personas maravillosas —sentenció Keren—, sin embargo, algunos tienen parientes no tan maravillosos en sus árboles genealógicos. Cabría pensar que el tío de Kris, lord Orthallen, ya tiene suficiente entre manos con ser el Consejero jefe como para aspirar también a convertirse en el tío del heredero...

—Ese hombre nunca estará satisfecho, siempre querrá más poder —sentenció Talia amargamente.

Keren la miró sorprendida ante aquel arrebato y añadió:

—Las hordas de primos vagos de Kemoc invadirían la corte en busca de canonjías y Kemoc, que es un blando, intentaría controlarlo todo. Y Jeri, ¡Señora de la luz! ¡Y su madre!

—Todos los días tendríamos una batalla real entre Jeri y lady Indra sobre cómo debería votar el Consejo de Jeri. Ojalá su marido la encerrara para siempre o le comprara un bozal.

—Amén. Es una pena que todos los candidatos tengan tanto lastre. Desde luego, no es una situación agradable. Y nuestra pobre gatita está atrapada en medio de todo.

Talia confirmó lo dicho con un suspiro.

—Hablando de situaciones desagradables, será mejor que me vaya. Alberich me dio a entender que mi nuevo estatus no me exime de acudir a sus clases especiales. Tengo la sensación de que piensa rebajar mi crecido orgullo a niveles de preestudiante y quizá se sirva de su espada para ello.

—¿Puedo quedarme a mirar? —preguntó Keren divertida.

—¿Por qué no? Elspeth también estará allí y no hay nada como ser peor que una niña de trece años para reconsiderar la opinión que tienes de ti misma. Bueno, quizá le sirva para mejorar su autoestima. Ah, me da mucha pena que el nuevo uniforme se manche de polvo y sudor.

Mientras descendía en la oscuridad por la escalera de caracol, con Keren y Sherrill cogidas de la mano y algo adelantadas, Talia pensó que unir las probablemente había sido lo mejor que había hecho nunca. La relación entre ambas era posiblemente tan fuerte como la que tuvieron Keren e Ylsa, y de estar Ylsa aún viva, quizá hubieran formado un trío permanente, algo relativamente poco habitual. No había ninguna duda de que estaban hechas la una para la otra. Pobre Ylsa...

Los aposentos elegidos por Talia estaban en lo más alto de la torre, al final del ala de los heraldos. Las habitaciones de las cuatro torres apenas se usaban puesto que resultaban bastante incómodas. Para llegar a ellas había que subir por una larga escalera de piedra, pero las vistas y la intimidad bien valían para Talia ese esfuerzo.

Sin embargo, Talia estaba segura de que sus amigos se quejarían de la dura escalada y Keren fue la primera en darle la razón.

—Puedes estar segura de una cosa, mi joven heraldo —refunfuñó Keren cuando por fin llegaron a la planta baja—, los amigos que vengan a visitarte con cierta asiduidad se mantendrán en forma. Por qué has decidido anidar en las alturas es algo que no comprendo.

—¿De verdad quieres saber por qué he elegido esos aposentos en concreto? —preguntó Talia sonriendo.

—Sí.

—Tened en cuenta cuál es mi don. Soy empática, no telépata. ¿Alguna recuerda quién era mi vecina anterior?

—*Hum*, Destria, ¿verdad? —contestó Sherrill tras pensar un momento—. Pues ha resultado ser un buen heraldo de campo, a pesar de su...

—Lascivia —apostilló Keren con una media sonrisa—. ¡Era tremenda! ¡Le valía cualquiera que vistiera de gris o blanco siempre que fuera un hombre! Cielos, ¿de dónde sacaba tiempo para estudiar?

—Entonces ya sabéis que tenía por costumbre entretenerse con bastante frecuencia y... entusiasmo. Lo que no lograba bloquear acaba oyéndolo a través de la pared. Entre sus actividades nocturnas y las de *Rolan*, aprendí bastante, os lo puedo asegurar. A partir de entonces juré que haría lo que fuera para preservar mi intimidad. No quiero volver a oír cómo se divierten los demás, y desde luego, tampoco quiero que me oigan a mí.

—Talia, no me creo nada —dijo Sherrill entre carcajadas—. ¿Por qué ibas a temer a los oídos indiscretos? ¡Si prácticamente eres una virgen del templo comparada con el resto de nosotras!

—Pues créelo porque es cierto. Bueno, nos separamos aquí. Deseadme suerte, ¡la voy a necesitar!

Una pena que no le desearan suerte, quizá se hubiera llevado menos golpes. Talia se abanicaba con una toalla, caminando arriba y abajo para evitar enfriarse, mientras observaba a Elspeth sin poder disimular su alegría. Era un placer ver cómo

se movía sobre la pista, tenía la elegancia y la agilidad de una bailarina, y hacía que todo pareciera fácil. Era mucho mejor que Jeri a su misma edad, aunque, para ser justos, Elspeth había contado con los beneficios de cuatro años de duro entrenamiento con Alberich, mientras que Jeri solo tuvo los mejores profesores que el dinero pudo comprar. Y no había suficiente dinero en este mundo para comprar la pericia de Alberich.

Ejecutó los ejercicios asignados con soltura y donaire. Después, para finalizar el lance, realizó uno de los giros con pirueta que Alberich había enseñado a Talia, no a ella, y consiguió sorprenderle con una estocada mortal.

El profesor la miró asombrado durante un buen rato, mientras Talia y Elspeth contenían la respiración, a la espera del rugido de reprobación que con toda seguridad, estaría al caer.

—¡Bien! —dijo por fin y Elspeth, atónita, le miró con la boca abierta—. ¡Muy bien! —Después, para que no se creciera con tanto cumplido añadió—: Pero la próxima vez tendrás que hacerlo mejor.

A pesar de este momento de gloria, cuando Talia le llevó una toalla húmeda al terminar la clase, observó que Elspeth estaba triste y melancólica.

—¿Qué te pasa, gatita? —le preguntó, mientras admiraba el gran parecido que tenía con su madre, a pesar de que la reina tuviera el pelo rubio y los ojos azules y su hija el pelo y los ojos castaños. En aquel momento, la expresión que ensombrecía el rostro de Elspeth era similar a la que mostraba la reina cuando estaba preocupada. Ya conocía la respuesta, pero creía que le vendría bien desahogarse una vez más.

—Nada me sale bien —respondió Elspeth amargamente—, jamás seré tan buena como tú, no importa cuánto me esfuerce.

—¿No estás hablando en serio, verdad?

—¡Claro que sí! ¡Fíjate en ti! Te pasaste casi toda la vida en una asquerosa granja de la frontera y ahora pareces una heraldo de alto linaje. Sacas buenas notas, las mías son terribles. Y ni siquiera soy una elegida todavía...

—Imagino que lo que más te preocupa es lo último.

Elspeth asintió, al borde del llanto.

—Gatita, somos dos personas diferentes con distintas habilidades e intereses. En los cinco años que llevo aquí, jamás he conseguido arrancar un «bien» a Alberich y mucho menos un «muy bien». Cuando bailo, estoy tan rígida que todos dicen que parezco el palo de una escoba.

—Oh, ya, y yo soy una maravilla de la coordinación. Puedo matar cualquier cosa que camine sobre dos patas. Un gran punto a mi favor, si lo que quiero es ser heredera.

—Gatita, tienes lo que hace falta. Oye, yo no entenderé de política, ni aunque llegue a vivir doscientos años. Piensa un poco. En la última reunión del Consejo, percibí que lord Cariodoc estaba malhumorado, pero tú fuiste la única que supo quién lo había ofendido y por qué, y no solo eso, sino que además lograste apaciguarle antes de que el viejo pajarraco provocara un incidente. Y tus profesores me dicen que aunque no seas la mejor de la clase, tampoco eres de las peores, ni mucho menos. En cuanto a ser una elegida, gatita, solo tienes trece años, aún hay tiempo. Acuérdate de Jadus, fue elegido con dieciséis años, después de ser bardo durante tres. O fíjate en Teren ¡por la Señora del lago!, ¡un hombre adulto con tres hijos! Escucha, seguramente tu Compañero aún no ha alcanzado la edad adecuada, ya que, como bien sabes, no hacen su elección hasta que cumplen diez años o más.

El humor de Elspeth pareció mejorar un poco.

—Venga, cariño, ánimo, vamos a ver a *Rolan*. Si montarle un rato te alegra el día, estoy segura de que estará encantado de complacerte.

El rostro triste de Elspeth se iluminó inmediatamente. Montar a caballo le gustaba tanto como bailar o manejar la espada. A pesar de que no era habitual que un Compañero consintiera que lo cabalgara otro que no fuera su elegido, *Rolan* ya lo había hecho en otras ocasiones, y Elspeth atesoraba aquellas experiencias como las mejores de su vida. No era lo mismo que tener tu propio Compañero, pero al menos, se parecía un poco.

Abandonaron juntas la sala de entrenamiento y se dirigieron hacia el edificio de madera donde descansaban los Compañeros cuando estaban en el collegium (los que ya habían elegido, los que no y los potros) y que acogía también la Gruta, el lugar en el que los Compañeros aparecieron por primera vez hace siglos.

Aunque intentaba por todos los medios que no se le notara, Talia estaba muy preocupada. Aquella situación, con el futuro de Elspeth pendiente de un hilo, no podría mantenerse durante mucho más tiempo. La tensión estaba pasando factura a la reina, a la niña y al círculo heráldico.

Sin embargo, Talia, al igual que todos los demás, no tenía ni idea de cómo solucionar el problema.

Talia se despertó con un sobresalto, confundida momentáneamente por los sonidos que procedían de la habitación en la que se encontraba. No podía ver nada y por encima de su cabeza algo hacía ruido...

Después recordó dónde estaba y que el ruido procedía de las contraventanas situadas justo sobre el cabecero de su cama. Las había dejado abiertas y ahora se agitaban con el viento que debió de comenzar a soplar en algún momento de la noche.

Se dio la vuelta y se puso de rodillas sobre su almohada para asomarse por la ventana. Seguía sin ver gran cosa, solo el follaje de los árboles que contrastaba con la hierba, algo más clara. Todos los edificios estaban a oscuras. Las nubes arrastradas por el viento ocultaban las estrellas y el resplandor de una Luna en cuarto creciente. El aire olía ya a amanecer, por lo que no podía faltar mucho para el alba.

Talia tembló de frío al sentir en su cuerpo el azote del viento; estaba a punto de volver a sumergirse bajo las cálidas mantas cuando vio que abajo se movía algo.

La tenue sombra de una persona, una persona de baja estatura, que apenas resultaba visible gracias a su ropaje de color claro, avanzaba más allá del campo del Compañero.

De repente, tuvo la certeza de que se trataba de Elspeth.

Saltó de la cama y se estremeció al contacto de sus pies descalzos con el frío suelo de madera. Tanteó en la oscuridad para coger algo de abrigo y evitar así tener que pararse a encender una vela. Talia estaba confundida por los pensamientos que se agolpaban en su cabeza. ¿Caminaba en sueños? ¿Estaría enferma? Sin embargo, cuando de modo intuitivo, casi sin pensar, intentó alcanzarla con su don, no percibió que su mente estuviera dormida o alterada; solo captó un profundo y apremiante sentimiento de resolución.

Desde lo más profundo y oscuro de su ser, algo le decía que no debía bajar la guardia; pero en cuanto alcanzó a Elspeth con su don empático, ese sentimiento de resolución inquebrantable la invadió a ella también, y a duras penas pudo refrenar el impulso que la urgía a saltar desde la ventana de la torre.

En un estado de semiinconsciencia, salió del dormitorio dando tumbos, avanzó torpemente hasta la puerta y con cuidado, comenzó a bajar la escalera de caracol, apoyándose con una mano en la fría y suave barandilla de metal y con la otra en la áspera pared de piedra que tenía al lado. Tiritaba tan fuerte que le castañeteaban los dientes y la espesa oscuridad del hueco de la escalera le resultaba inquietante.

Al final vio una luz procedente de una lámpara colgada en la pared. Su tenue resplandor amarillo iluminaba la entrada. El pasillo cubierto por paneles de madera que se abría un poco más adelante, estaba también iluminado por más lámparas de pared así que Talia sintió que podía correr sin peligro por los pasillos de suelos enlosados hasta llegar al primer piso y luego a la salida.

Una potente ráfaga de viento la dejó paralizada. La impresión fue tan fuerte que por unos instantes perdió el aliento. Desesperada, no tuvo más remedio que invertir unos segundos preciosos luchando contra el viento para cerrar la puerta tras de sí. Se dio cuenta que desde su ventana apenas había percibido una fracción de su fuerza ya que su habitación estaba resguardada por la mole del palacio.

Por fin, se encontró en la esquina el edificio en forma de «L» del ala de los heraldos; justo enfrente, se levantaban los establos del Compañero, pero a Elspeth no se la veía por ninguna parte.

Segura por fin del suelo que pisaba, tras dejar atrás la desconocida ala del palacio, Talia podría haber corrido pero el aire se lo impedía. Con las ropas pegadas al cuerpo, intentaba protegerse de los proyectiles que le arrojaba el viento como si fueran flechas de ballesta. Su aullido no le dejaba oír nada y supo que nadie escucharía sus gritos. Entonces se asustó un poco; con un viento tan fuerte y en la oscuridad de la noche, Elspeth podría haber tropezado y caído al río...

Pidió ayuda mentalmente a *Rolan*, pero no pudo alcanzarle.

O mejor dicho, sí consiguió alcanzarle pero su Compañero no le prestó ninguna atención; todo su ser estaba concentrado en otra cosa. Talia no sabía de qué se trataba pero parecía que requería de toda su atención ya que lo notaba tan absorto en ello que estaba bloqueando todo lo demás.

Estaba sola. Rodeó como pudo los establos y avanzó hacia el puente que cruzaba el río y conducía a la sección principal del campo del Compañero. Con gran alivio distinguió delante de ella una mancha borrosa que identificó como la cabeza de Elspeth. La niña caminaba concentrada y decidida hacia...

Solo había un lugar al que podía dirigirse, la Gruta.

Talia se obligó a ir tan rápido como le era posible, inclinándose cuanto podía para contrarrestar la fuerza del viento, pero la cría le llevaba una ventaja considerable y ya había entrado en la gruta cuando Talia consiguió atravesar el puente.

La pálida sombra se perdió de vista entre la foresta. En su torpe avance, Talia tropezó más de una vez debido a lo abrupto del terreno, arañándose manos y rodillas con las piedras ocultas entre la vegetación. La hierba ya estaba alta y azotaba sus botas, enredándose en ellas con cada paso. Estaba a medio camino de la Gruta, intentando levantarse de otra caída cuando, al alzar la mirada vio que, *joh, dioses!*, algo brillaba en su interior.

Sacudió la cabeza y pestañeó, intentando asegurarse de que sus ojos no la engañaban. El resplandor seguía ahí, algo más brillante que un fuego fatuo, pero ahí estaba.

Se disponía a incorporarse, pero el mundo pareció tambalearse, desorientándola por completo. Se aferró a la hierba que la rodeaba como a la única certidumbre en un mundo que de repente se le antojaba irreal. Ni siquiera reparó en las heridas de las manos. Todo parecía dar vueltas, como aquella vez que se desmayó, pero ahora sentía que se desvanecía en la oscuridad mientras el viento aullaba girando en torno a ella y alrededor de la Gruta. Hubo un momento de terrible desasosiego en el que nada fue real.

De repente, el mundo se calmó y todo volvió a la normalidad, como si las piezas de un engranaje encajaran de nuevo en su sitio. En solo unos segundos, el viento amainó hasta desaparecer, los sonidos resurgieron y la sensación de desorientación se esfumó.

Talia abrió los ojos y se dio cuenta de que los había cerrado con tanta fuerza y había apretado tanto la mandíbula que ahora le dolía toda la cara. A menos de metro y medio estaba Elspeth, apoyándose sobre los hombros de dos Compañeros. El de su izquierda era *Rolan*, que de nuevo estaba presente en la mente de Talia y al que encontró cansado, muy cansado, pero extrañamente satisfecho.

Talia se incorporó con dificultad; la luz gris de una Luna poniente iluminaba el cielo y permitía distinguir las facciones de Elspeth. Parecía aturdida, y considerando el contraste entre su pelo oscuro y la palidez de su piel, cualquiera diría que no le quedaba una gota de sangre en el cuerpo.

Tambaleándose, Talia cubrió la poca distancia que las separaba, cogió a Elspeth de los hombros y la zarandeó: hasta ese momento, la niña no había dado señales de saber dónde se encontraba.

—Elspeth... —fue todo lo que logró balbucear entre temblores, aunque ya mucho más tranquila.

—¿Talia? —Elspeth pestañeó y pareció recuperar la lucidez cuando, con una sonrisa en los labios, abrazó con fuerza a su

amiga, que no salía de su asombro—. Talia, yo... —Pero una gran carcajada le impidió continuar. Se reía con una alegría casi histérica y, por un breve momento, Talia temió que hubiera perdido la razón.

Después soltó a la mujer heraldo y rodeó con sus brazos el cuello del Compañero que estaba a su derecha.

—Talia, Talia, ¡ha ocurrido! *Gwena* me ha elegido. Me llamó cuando estaba durmiendo. Vine hasta aquí y me eligió.

¿*Gwena*?

Talia conocía a todos los Compañeros que residían en el collegium, porque pasaba casi tanto tiempo con ellos como Keren, y había ayudado a muchos a nacer; sin embargo, ese nombre no le sonaba de nada.

Eso solo podía significar una cosa: *Gwena*, como *Rolan*, y a diferencia del resto de los Compañeros actualmente vivos, había nacido en la gruta. Pero ¿por qué? Durante siglos solo los Compañeros del heraldo del monarca habían aparecido en la Gruta, ellos y los primeros Compañeros, claro está.

Talia abrió la boca para decir algo, pero se contuvo al sentir de nuevo la abrumadora presencia de *Rolan*, instándola a que guardara silencio.

Talia sacudió la cabeza. Tenía la inquietante sensación de que se le olvidaba algo, pero enseguida desechó esa idea. Elspeth había sido elegida; eso era lo importante. Por fin, parecía recordar vagamente a la yegua. *Gwena* era uno de los Compañeros más tímidos y siempre se mantenía alejada de los visitantes. Sin embargo, ahora toda esa timidez se había esfumado y con su hocico acariciaba posesiva y orgullosa el cabello de Elspeth. *Rolan*, que se había mantenido a la izquierda de Elspeth, se acercó a Talia a tiempo de ofrecerle su lomo para que se apoyara pues le temblaban las rodillas como si acabase de entrenar durante tres horas con Alberich. Los pájaros ya comenzaban a saludar el alba con sus cantos y las primeras luces del amanecer surcaban el cielo con alegres destellos, coloreando las nubes.

—¡Oh, gatita! —Talia, a punto de llorar de alegría, soltó las crines de *Rolan* y rodeó a Elspeth con sus brazos.

Ninguna de las dos se preguntó por qué nadie más se vio arrastrado fuera de la cama por aquella apremiante llamada que solo ellas dos habían escuchado, ni tampoco por qué nadie más había notado nada fuera de lo habitual, ni siquiera ahora.

Talia consiguió convencer a Elspeth, no para que volviera a la cama, cosa que era totalmente imposible, sino para que se marchara con *Gwena* a un lugar resguardado, llevando sobre los hombros una manta robada del establo. Talia esperaba que cuando se hubiera calmado un poco, la pequeña volviera a dormirse; los dioses sabían que estaría perfectamente a salvo en el campo con su propia Compañera vigilando su sueño. Deseó con todas sus fuerzas hacer lo mismo pero tenía demasiados asuntos de los que ocuparse.

Lo primero y más importante era informar a la reina. Incluso a tan temprana hora, Selenay probablemente estaría despierta y trabajando, quizás acompañada por uno o más consejeros. Eso implicaba que tendría que realizar un anuncio oficial, y no lo que Talia realmente quería hacer, que era irrumpir en los aposentos de Selenay cantando de alegría.

A pesar de lo contenta que Selenay se pudiera sentir, ese tipo de comportamiento solo serviría para que los consejeros dudaran de la madurez de la heraldo de la reina.

Así que, con la suave brisa de un amanecer perfecto y el alegre canto de los pájaros resonando en su corazón, Talia volvió dando tumbos a su dormitorio para vestirse. Puso mucho cuidado en ocultar las manchas de hierba de sus pantalones, doblando las perneras con toda la precisión y habilidad de la que fue capaz. Después, caminó con decoro y solemnidad por el silencioso pasillo del ala de los heraldos, hasta la zona del Palacio Nuevo donde se encontraban los aposentos de la reina y la corte.

Como de costumbre, había dos guardias vestidos de azul vigilando las puertas de los aposentos reales. Los saludó con una inclinación de cabeza. Jon era el moreno de la derecha y Fess el flacucho de la izquierda. Los conocía bien a los dos y se moría de ganas de susurrarles la gran noticia, pero se contuvo. No sería lo adecuado y rompería con el protocolo. Como heraldo del monarca, tenía la prerrogativa de acceder a las habitaciones de la reina a cualquier hora del día o de la noche, de modo que no tuvo que esperar mucho para que se abrieran las pesadas puertas de roble dorado.

Como había predicho, Selenay estaba en la habitación de los paneles oscuros, inclinada sobre una mesa cubierta de papeles y enfrascada en el trabajo. Iba vestida con el uniforme blanco protocolario y la escoltaban a cada lado lord Orthallen y el senescal. Alzó la mirada al entrar Talia. Parecía desconcertada y sus ojos mostraban cansancio a pesar de que el día acaba de empezar. Daba la impresión de que el asunto que debía tratar con los dos consejeros no era muy agradable...

Quizá las nuevas de Talia logran cambiar eso.

La previno de la seriedad de sus noticias realizando una media reverencia formal antes de entrar y le indicó su carácter venturoso, con un guiño tan rápido que solo Selenay pudo apreciar. El protocolo establecía que debía dar exactamente cinco pasos sobre la alfombra azul oscuro hasta encontrarse a una distancia suficiente de la reina para entablar conversación. Después, hincó una rodilla en el suelo y luchó por no estremecerse al sentir la presión de su peso sobre las heridas. Selenay acomodó un mechón de pelo tras la oreja, se incorporó y asintió, indicando a Talia que podía hablar.

—Majestad, estoy aquí para solicitar la admisión de un nuevo alumno en el collegium —dijo solemnemente Talia con ambas manos apoyadas sobre la rodilla más elevada, mientras sus ojos bailaban ante la tontería de toda aquella formalidad.

Esto llamó la atención no solo de Selenay, sino también de los dos consejeros. Únicamente los alumnos de alto linaje debían

solicitar permiso ante la Corona, ya que, con frecuencia, convertirse en heraldo implicaba tener que renunciar a sus posesiones y títulos, actuales o futuros.

Talia vio confusión en los ojos de los consejeros y esperanza en los de Selenay.

—¿Qué Compañero ha elegido y cuál es el nombre y rango del candidato? —preguntó Selenay con gravedad, mientras apretaba la copa que tenía entre manos con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—La Compañera *Gwena* ha elegido —contestó Talia, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no lanzarse a cantar—. Y su elegida es la posible heredera, ahora heredera de hecho, lady Elspeth. ¿Da permiso su Majestad para inscribirla en el registro del collegium?

Solo una hora después, la corte y el collegium bullían de actividad y Talia no daba abasto con todo el trabajo que suponía transferir a Elspeth de la custodia de su madre a la del collegium. Elspeth pasó el día totalmente ignorante del jaleo que se había formado, y así debía ser. Las primeras horas eran cruciales en la formación del vínculo entre heraldo y Compañero, y debían transcurrir de la manera más apacible posible. La función de Talia consistía en ocuparse de todo, desde la asignación de sus nuevos aposentos hasta el traslado de sus pertenencias para que, cuando Elspeth bajara de su nube y franqueara las puertas del campo del Compañero, no tuviera que preocuparse por nada.

Hacia el final del día, Talia pensó que sería conveniente cenar con la corte en lugar de en el collegium. Quizá la reina aprovechara la ocasión para anunciar formalmente la elección de su heredero.

Tras fijar el horario de clases de Elspeth con el deán Elcarth, salió corriendo hacia sus aposentos y subió las escaleras tan rápido como le permitieron sus magulladas rodillas. Después de asearse rápidamente, se puso a rebuscar en su armario de madera mientras maldecía entre dientes por haberse golpeado

la cabeza al pasar por una de las puertas. Una vez escogido un conjunto de terciopelo, que esperaba fuera acertado para la ocasión, se vistió con premura. Al tiempo que se cepillaba el pelo con una mano y se calzaba de un salto las suaves zapatillas a juego con el traje, con la otra cogía el libro de protocolo de la pila que se alzaba sobre su mesa, todavía cubierta de polvo. Tras colocarse la ropa en su sitio, y mientras se peinaba con ambas manos, Talia leyó por encima la breve ceremonia de coronación del heredero. Se echó un rápido vistazo en el espejo y se encaminó hacia el gran salón.

Al entrar en la sala, localizó el lugar que le correspondía en la mesa, y que raras veces ocupaba, entre Elspeth y la reina. Se sentó con sigilo y susurró:

—¿Y bien?

—Lo hará esta noche, en cuanto llegue todo el mundo. —Elspeth inspiró profundamente—. Creo que me voy a morir...

—De eso nada —contestó Talia con tono conspirativo—. Tú llevas haciendo estas cosas toda la vida, ¡yo sí que me voy a morir! —Elspeth parecía más tranquila ahora que Talia estaba con ella para pasar juntas este trance.

Talia había comido con la corte en un puñado de ocasiones desde su llegada al collegium, pero el gran salón no dejaba de impresionarla. Era la habitación más grande del palacio, su techo alto y abovedado se sustentaba sobre finas pilastras de roble oscuro que brillaban con tonos dorados al incidir sobre ellas la luz procedente de las ventanas o de las velas y lámparas. De las vigas colgaban pendones y estandartes que llegaban hasta el suelo. La mesa a la que se sentaba Talia se encontraba sobre una tarima y formaba ángulo recto con las demás mesas dispuestas en el salón. La luz del atardecer entraba a raudales por las estrechas ventanas situadas en la pared occidental mientras que, a través de las ventanas del muro opuesto, el cielo oscurecía con la caída de la noche. Los cortesanos sentados frente a Talia formaban un conjunto tan colorido como un macizo de flores silvestres que, en contraste con los paneles y las mesas de oscuro roble, producía un efecto muy hermoso.

Tras comprobar que todos ocupaban su lugar, la reina se puso en pie y los pajes pidieron que se hiciera el silencio. Cuando se dispuso a hablar, se habría podido oír hasta el vuelo de una mosca. Los ojos de todos los allí presentes estaban fijos en aquella orgullosa figura vestida de blanco, que, como único símbolo de su condición real, lucía sobre su dorada cabellera una corona de oro rojo.

—Desde la muerte de mi padre, no hemos tenido heredero. Comprendo y coincido con aquellos que encontraban esta situación confusa e inquietante. Sin embargo, alegraos porque ya no habrá más incertidumbre. En el día de hoy, mi hija Elspeth ha sido elegida por la Compañera *Gwena*, convirtiéndola así en candidata de pleno derecho a la posición de heredera. Ponte en pie, hija.

Elspeth y Talia se levantaron, Elspeth para situarse junto a su madre y Talia para coger la diadema de plata que sostenía un paje. Se la presentó a la reina y luego se retiró a su posición habitual como heraldo del monarca, detrás y ligeramente a la derecha de Selenay. Observó con satisfacción que, aunque las manos de Elspeth temblaban, su voz sonó clara y fuerte al repetir los votos. Elspeth buscó su mirada y se aferró a ella como si fuera una tabla de salvación.

A pesar de que se había preparado durante años para aquel momento, Elspeth estaba muerta de miedo. Apreció la expresión de ánimo de Talia y su presencia le proporcionó la seguridad y el valor que necesitaba. Pero mientras juraba sus votos, vivió un momento de pánico cuando olvidó lo que su madre acababa de decir. Miró a Talia en busca de ayuda y respiró con alivio al comprobar que podía leer en los labios de su amiga las palabras que debía decir. Un profundo sentimiento de gratitud le recorrió todo el cuerpo.

Sin embargo, ahora el apoyo de la joven heraldo significaba mucho más ya que, con sus capacidades mentales agudizadas y amplificadas tras ser elegida, Elspeth podía sentir la sólida

y reconfortante presencia de Talia como si fuera un árbol de raíces profundas en medio de un vendaval. Siempre encontraría cobijo bajo sus ramas y, mientras repetía las últimas palabras de su juramento, se dio cuenta de lo importante que ese cobijo sería para ella, ya que como gobernante, tendría que enfrentarse a huracanes, y en muchas ocasiones, en total soledad. También percibió, de forma clara aunque distante, que Talia la quería por ella misma y que su amistad era sincera. Esta certeza la reconfortó. Tras pronunciar las últimas palabras y mientras su madre le colocaba la diadema de plata, intentó reflejar todo el agradecimiento que sentía hacia su amiga con una cálida sonrisa.

Cuando la reina puso la diadema sobre su cabeza, se escucharon vítores y aclamaciones espontáneas que alegraron el corazón de Talia. Quizás ahora olvidarían a la niña malcriada.

Sin embargo, cuando al volver sus asientos y comenzar a servirse la cena, los manjares de la reina perdieron todo su atractivo cuando Talia recordó que aún quedaba otro rito en el que debía participar y del que, además, no sabía nada. En cuanto se reunieran todas las autoridades del reino, tendría lugar la gran ceremonia de vasallaje en la que el heraldo de la reina desempeñaba una función muy importante. Talia se llevó la copa a los labios, pues se le habían secado del pánico.

Después intentó tranquilizarse; Kyril y Elcarth, como heraldo del senescal y deán del collegium respectivamente, sabrían lo que había que hacer y seguramente también estarían al tanto de que Talia no. No había necesidad de alarmarse. Al menos, no de momento.

El convite transcurría con una lentitud exasperante. Este era el primer gran banquete de Talia y todo resultaba increíblemente aburrido. Suspiró con desgana y la reina la oyó.

—¿Aburrida? —le susurró disimuladamente.

—¡Oh, no! —contestó Talia con una sonrisa forzada.

—Mentirosa —replicó la reina guiñándole un ojo—. Solo un idiota se divertiría con estas cosas. Tú límitate a permanecer sentada y sonreír hasta que te duelan la cara y el trasero. Entonces solo tendrás que quedarte sentada y sonreír un poco más.

—¿Cómo aguantas esto todos los días? —preguntó Talia, intentando no reír.

—Mi padre me enseñó un truco; un juego al que jugamos Elspeth y yo. ¿Qué va a ser en esta ocasión, gatita?

—Volvemos a los animales —contestó Elspeth, mientras su madre asentía en respuesta a los comentarios que mascullaba un anciano duque—. Tienes que decir a qué animal te recuerda cada uno de los cortesanos. Vamos cambiando, a veces son flores, otras árboles, piedras, lugares, incluso el tiempo. Esta vez toca animales y ese es un tejón.

—Pues si ese es un tejón, su acompañante es un perro guardián. Fíjate en cómo se le erizan los pelos de la nuca cada vez que él sonríe a esa camarera tan guapa —dijo Talia.

—¡Oh, esa no se me habría ocurrido nunca! —exclamó Elspeth—. ¡Este juego se te va a dar muy bien!

Intentaron contener la risa, pero no fue fácil.

Al día siguiente, Talia habló con Kyril antes de que el Consejo celebrara una de sus tres reuniones semanales y este le informó de que disponía de tres semanas para preparar la investidura formal de Elspeth. Él y Elcarth se ofrecieron a instruirla en todo lo que debía saber, desde protocolo a política, durante los días que restaban.

La reunión del Consejo fue en sí misma una especie de odisea. Ella y Elspeth ocupaban los asientos situados en el extremo de la mesa en forma de herradura, casi enfrente de Selenay y de la silla vacía que había a su lado. Ese espacio le correspondía al heraldo de la reina, pero Talia no podía sentarse allí legalmente hasta que no hubiera terminado sus prácticas. A ambas se les permitía intervenir en los debates, pero no votar; Elspeth podría hacerlo tras pasar

su periodo de prácticas. Generalmente, los consejeros no les prestaban mucha atención precisamente porque todavía no votaban, pero hoy fue una excepción.

En esta ocasión, los consejeros interrogaron a Talia y Elspeth con una ansiedad tan mal disimulada que casi rayaba en la avaricia. ¿Cuánto tiempo creía Talia que estaría de prácticas? ¿Podría reducir ese tiempo a un año o, dada la importancia de su posición y su falta de experiencia, sería recomendable prolongarlas algo más del año y medio habitual? ¿Se podría acelerar la educación de Elspeth? ¿Qué otras materias debería aprender además de las que ya se impartían en el collegium de heraldos? ¿Se sentía preparada para afrontar su nueva posición como heredera? Y así, una pregunta tras otra...

De casi todos los consejeros Talia percibió un deseo bienintencionado aunque irritante de ayudar a «las niñas» (aquí maldijo una vez más su reducida estatura que le hacía parecer una adolescente). Sin embargo, otros...

Lord Orthallen, uno de los asesores más cercanos de Selenay (como lo fue también de su padre) las miraba con desapego, casi con frialdad. Y Talia se sintió como un raro espécimen de insecto en la mesa de disección. No lograba percibir ninguna emoción por su parte: ni ahora ni nunca antes, y eso resultaba profundamente desconcertante para alguien cuyo don era la empatía. Pero aún más inquietante era la vaga sensación de que no le agradaba que Elspeth fuera por fin elegida.

Del bardo Hyron, portavoz del círculo bárdico, le llegó la impresión de que todo estaba sucediendo demasiado deprisa y se hacía necesario proceder con más cautela. Además, no se fiaba de ella.

Los sentimientos de lord Gartheser eran de desagrado ante todo el asunto en general, pero no pudo descubrir por qué. También captó una tenue nota de decepción; era pariente de Kemoc, uno de los tres pretendientes al puesto de heredero. Pero ¿era eso todo o había algún otro motivo más oscuro?

Lady Wyryst estaba muy molesta y tampoco pudo averiguar la razón. Quizá simplemente temiera que Talia favoreciera a sus

familiares, todos procedentes de Holderkin, la zona a la que Wyryst representaba. No podía estar más equivocada con respecto a eso.

Orthallen era quien más le preocupaba, pero tras terminar la reunión, decidió no contar nada a nadie. Carecía de pruebas y ella y Orthallen ya tuvieron problemas por cómo trató e intentó expulsar del collegium a su amigo Skif. Sin embargo, sabía bien que si Orthallen resultaba ser un enemigo, no debía darle facilidades mostrándose resentida. En lugar de ello, le sonrió dulcemente y le agradeció sus buenos deseos. Le haría creer que era una pobre ingenua mientras se encargaba de tenerle bien vigilado.

Sin embargo, pronto, muy pronto, debería marcharse para realizar sus prácticas, lo que la mantendría alejada de las intrigas de la corte durante año y medio. No podría de intervenir de ninguna manera. Si Gartheser, Orthallen o alguno de los otros tenían planes concretos, no habría nadie junto a Elspeth que la avisara de sus malas intenciones.

Con ella lejos, ¿quién los vigilaría?

Faltaban tres semanas para la investidura. Solo tres semanas que fueron como tres años, al menos para Talia.

Tuvo que memorizar toda una retahíla de juramentos y compromisos. Sin embargo, eso no fue lo peor. La principal función de Talia en este rito en particular sería la de desempeñar los deberes originales de los heraldos, las tareas que realizaban en la época anterior a la creación del reino de Valdemar, entre las que figuraba anunciar a todos los dignatarios por su nombre y rango y después escoltarlos hasta el trono.

Aun así, esta era la parte fácil, ya que lo que se requería de ella era que utilizara su don empático para detectar, preferiblemente de forma neutral, posibles amenazas para la reina o la heredera por parte de algunos súbditos procedentes de lugares lejanos. Los vestidos ceremoniales de la corte incluían adornos que se podían convertir en instrumentos para la conspiración y el asesinato.

Pero todo esto planteaba un pequeño problema: Talia se había criado en una granja, por lo tanto, no era noble. Los elaborados tabardos que una joven de alto linaje podía identificar con la misma facilidad con la que leía un libro para ella no eran más que dibujos incomprensibles hechos con oro y bordados. Además, se las tendría que ver con nobles realmente quisquillosos en lo referente a sus títulos y podían considerar como una grave afrenta que la heraldo de la reina olvidara mencionar incluso el más insignificante de ellos.

Esto significaba que tendría que pasar horas encerrada en el despacho del heraldo Kyril, sentada sobre una de sus incómodas sillas de madera, en las que se le dormía el trasero, y memorizar todos los blasones que aparecían en el libro de heráldica del Estado hasta que se le cerraran los ojos. Por las noches, dormía con los imaginativos pájaros y las coloridas plantas y bestias danzando dentro de su cabeza, y por las mañanas, se despertaba con la ineludible voz de Kyril enseñándole en sueños.

Además, pasaba al menos una hora al día en la cámara del Consejo, donde asistía impotente a eternos debates sin sentido acerca de algún problema de protocolo.

Elsbeth, al menos, no tenía que soportar aquellas tonterías; ella ya tenía bastante con su nuevo horario de clases y tareas en el collegium. Durante los siguientes cinco años aproximadamente, tras cumplir con los ritos ceremoniales, no sería más importante, ni recibiría diferente trato que el resto de los alumnos, aunque con ciertas excepciones. Cuando todo volviera a la normalidad, seguiría asistiendo a las sesiones del Consejo y desempeñaría ciertas funciones en la corte. Pero estas responsabilidades suponían más una carga que un placer y Talia sabía bien que Elspeth hubiera preferido renunciar a ellas si le hubieran ofrecido esa posibilidad.

Cuando Talia por fin encontró tiempo para visitarla, le pareció que estaba satisfecha y disfrutaba de su nuevo vínculo con su Compañera *Gwena*. Keren le había contado que siempre que tenía algo de tiempo libre, las veía juntas en el campo y así debía ser.

Sin embargo, Talia no estaba tranquila, algo extraño estaba sucediendo entre los consejeros y los cortesanos que le quitaba el sueño. Ello generaba una ansiedad que contrastaba con la atmósfera alegre y festiva que reinaba en la corte y el collegium.

Advirtió que tanto consejeros como cortesanos la miraban con recelo, casi con temor, cuando creían que no los veía. Si no hubiese sucedido con tanta frecuencia, habría pensado que eran imaginaciones suyas, pero raramente pasaba un día sin que

alguien la observara con la atención que dedicaría a una criatura venenosa. Esto la preocupaba, y en más de una ocasión, echó de menos a Skif y su talento para el espionaje y el subterfugio. Pero Skif estaba a muchas leguas de allí, así que tendría que seguir adelante bajo aquellas miradas suspicaces y desear que, fueran cuales fueran los rumores que circulaban sobre ella (porque estaba segura de que se trataba de ella), acabaran por desvanecerse o salieran a la luz para poder hacerles frente.

Otra importante porción del día se iba en preparar a una joven estudiante de heraldo llamada Rynee, para que la sustituyera durante el tiempo que iba a estar de prácticas. Rynee, como Talia, era sanadora de la mente y aunque no podría remplazar a Talia, al menos no hasta ser nombrada heraldo, sí era capaz de percibir cualquier señal de preocupación o dolor entre los heraldos y de alguna manera, ayudarlos a recuperar su equilibrio mental.

Y por último, aunque no por eso menos importante, estaban los agotadores combates con Alberich, cuyo objetivo era que tanto Talia como Elspeth estuvieran preparadas para actuar ante un posible intento de asesinato.

—De verdad que no entiendo por qué haces esto—dijo Elspeth un día, a falta de una semana para la fecha de la ceremonia—. Después de todo, yo soy la mejor luchadora —añadió mientras observaba la escena desde una posición privilegiada y algo apartada de la pista. Se había sentado sobre uno de los bancos de la *salle*, con la espalda apoyada contra la pared y las piernas cruzadas. Talia, empapada en sudor, tenía todo el cuerpo dolorido y para variar, Alberich no se encontraba en mejores condiciones que ella.

Alberich dio permiso a Talia para que descansara y ella se dejó caer, sin más, donde estaba.

—En parte —dijo— es por las apariencias. No quiero que nadie salvo los heraldos sepa cuál es vuestro grado de pericia. Quizá eso os salve la vida algún día. Además, es tradición que las cabezas coronadas no se defiendan a sí mismas, ese deber les corresponde a otros.

—¿A no ser que no haya otra opción?

Alberich asintió.

Elspeth suspiró.

—Empiezo a pensar que sería mejor no ser heredera. ¡Me da la sensación de que no me van a dejar divertirme!

—Gatita —intervino Talia—, si esta es tu idea de diversión, ¡te la regalo! ¡Para ti toda!

Elspeth y Alberich intercambiaron miradas de resignación que decían, con la misma claridad que si hubieran utilizado palabras: «Ella jamás lo entenderá», y encogieron los hombros en un gesto tan parecido que Talia a duras penas pudo reprimir la risa.

Por fin, llegó el día del esperado y temido rito de investidura de Elspeth. La ceremonia de vasallaje estaba programada para la tarde y después se celebraría una gran fiesta. Talia, como de costumbre, llegaba tarde.

Finalizada su última clase de heráldica con Kyril, salió atropelladamente hacia la sala de baños y luego a sus aposentos de la torre, subiendo los escalones de dos en dos. Cuando entró, agradeció a los dioses que alguno de los sirvientes hubiese tenido la previsión de dejarle preparados el vestido y todos sus accesorios porque si no, todavía iría con más retraso.

Nerviosa, se vistió con el magnífico conjunto de seda y terciopelo. Nunca antes había llevado un traje ceremonial, aunque en más de una ocasión había ayudado a Elspeth a vestirse de gala.

Se miró en el espejo haciendo equilibrios sobre un pie, mientras se ataba las cintas de las zapatillas alrededor del otro tobillo.

—¡Maldita sea! —suspiró. Sabía qué aspecto debía tener un cortesano y no era el suyo—. Bueno, pues con esto tendrá que valer, aunque ojalá...

—¿Ojalá qué?

Jeri y Keren llamaron a la puerta de la habitación y asomaron la cabeza por la ranura. Talia gruñó al ver a Jeri; ella sí que estaba

elegante. Iba exquisitamente vestida y peinada, con el pelo color castaño perfectamente recogido, siguiendo la moda de la corte.

—Ojalá tuviera tu aspecto, deslumbrante en lugar de deslumbrada.

Jeri rió; al verla, nadie diría que esa mujer era tan hábil como Alberich a la hora de diseccionar limpiamente a un contrincante con cualquier arma que cayera en sus manos.

—Es cuestión de práctica, cielo. ¿Quieres que te ayude? —Sus ojos verdes centellearon—. Llevo haciendo estas tonterías desde que aprendí a andar. Como mamá siempre acaparaba a todos los criados de la casa, no tuve más remedio que aprender a arreglarme yo sola.

—Si consigues que no parezca una campesina, ¡te estaré eternamente agradecida!

—Creo —contestó Jeri risueña— que eso no nos costará mucho.

Durante la siguiente media hora, Talia permaneció sentada sobre su cama, intentando controlar los nervios, mientras Jeri y Keren le aplicaban no se sabe qué ungüentos y afeites, y hacían cosas extrañas con su pelo al tiempo que intercambiaban misteriosos comentarios. Por fin, Jeri le dejó un espejo.

—¿Esa soy yo? —preguntó Talia asombrada, mirando la elegante imagen que le devolvía el espejo. Apenas podía distinguir el trabajo de Jeri y, sin embargo, de alguna manera le había proporcionado experiencia y una cierta dignidad, sin añadirle años o restarle frescura. En lugar de sus rizos habituales, ahora había un bonito y moderno peinado, adornado con un lazo de color plata.

—Me da miedo moverme. ¿No se me caerá, verdad?

—¡Por los cielos, no! —exclamó Jeri divertida—. Para eso está el lazo, cariño. Aunque no es probable que ocurra nada hoy, el señor no lo quiera, ya sabes lo que debes hacer en caso de emergencia. El heraldo de la reina debe estar preparado para defender a su monarca a punta de espada, luego limpiará tranquilamente su hoja con la túnica del atacante y volverá a ocupar su lugar en la ceremonia que se estuviera celebrando. Esa es la

razón de que el largo de tu vestido llegue solo a los tobillos y no hasta el suelo, carezca de cola y las mangas se desprendan con un simple tirón. Sí, así es ¡créeme! Lo sé porque yo misma he supervisado su diseño. Hacía tanto tiempo que no teníamos una mujer heraldo del monarca que nadie sabía cómo había que modificar el uniforme de gala. Si quisieras, ahora mismo podrías ejercitarte con Alberich y no se soltaría ni un punto, ni se caería ninguna parte del vestido que no quisieras perder. Pero no te frotes los ojos o parecerá que te han pegado. —Recogió rápidamente sus cosas—. Será mejor que nos demos prisa si no queremos coincidir con todo el mundo.

—Y ten mucho cuidado con la parte más importante de tu vestido, las armas —la previno Keren mientras bajaba las escaleras.

No había necesidad de que nadie se lo recordara. Sus demás accesorios estaban preparados y a la espera. La primera arma que escogió fue una gran daga. Iba enfundada en una vaina que se ataba alrededor de la cintura y del muslo derecho, y que, como comprobó con satisfacción, podía desenfundar por una discreta abertura del vestido. Después, estaba la pareja de cuchillos arrojadizos que Skif le regaló y le enseñó a usar hacía ya mucho tiempo. Un gran privilegio ya que ni siquiera el propio Alberich podía negar que, cuando se trataba de esas armas, Skif no tenía rival. Los cuchillos iban guardados en sendas fundas situadas bajo los brazos, diseñadas para facilitar un rápido lanzamiento. Por último, insertó en el peinado que le había hecho Jeri dos delicados estiletes decorados con bonitas gemas.

Como Keren le recordó, ningún heraldo iba nunca desarmado, menos aún el heraldo de la reina. Estas precauciones habían salvado la vida de más de un monarca.

Justo cuando Talia se disponía a salir, alguien llamó a la puerta. Abrió y encontró en su umbral al deán Elcarth. Detrás de él, asomaban dos cabezas, una morena y otra rubia, que lo escoltaban a cada lado y ofrecían un aspecto tan diferente que parecían

las vivas reencarnaciones de la noche y el día. Eran Dirk y Kris. Talia no tenía ni idea de que hubieran vuelto y se quedó mirándolos atónita, sin poder pronunciar palabra.

—Ninguno de estos dos galanes tenía acompañante —dijo el deán con cierto aire socarrón— y como sabía que tú tampoco, aquí los he traído.

—Muy amable por tu parte —replicó Talia con la boca seca, tras recuperar por fin la serenidad y a sabiendas de que ese no era el único motivo de su presencia—. Supongo que no habrá ninguna otra razón, ¿verdad?

—Bueno, ya que vas a realizar las prácticas con Kris, me pareció buena idea que os fuerais conociendo en circunstancias más tranquilas que las de la última vez.

Así que Kris sería su mentor. Sherri estaba en lo cierto.

—¿Más tranquilas? —chilló Talia—. ¿Estas son unas circunstancias tranquilas?

—Relativamente.

—¡Elcarth! —exclamó Dirk con impaciencia—. Herald Talia, el deán te está tomando el pelo. Nos ha pedido que vengamos porque conocemos a casi todo el mundo, así que podremos ayudarte en caso de que te despistes.

—Además, tenemos una ligera idea de quienes pueden ser los que armen jaleo. Y no es que esperemos incidentes graves —continuó Kris con una sonrisa—, pero habrá menos probabilidades de que se produzcan problemas con dos tipos fuertes y grandes escoltando a la reina.

—¡Menos mal! —exclamó Talia con alivio—. Estaba muerta de preocupación pensando que iba a decir algo inconveniente o que ofendería gravemente a algún noble si me equivocaba al anunciarle. —Tuvo mucho cuidado de no mencionar el peligro de los intentos de asesinato, aunque sabía que los cuatro estaban al corriente de lo útil que sería esta ayuda extra en caso de que surgieran problemas.

Kris le dedicó una amplia sonrisa y Dirk ejecutó una extraña reverencia que habría resultado absurda de no ser por el brillo que iluminó sus ojos al encontrarse con los de Talia.

—Somos tus humildes siervos, y tú eres la más hermosa de las mujeres heraldo —dijo engolando la voz como si fuera un mal actor en una pésima obra romántica.

—¡No digas tonterías! —Talia se sonrojó, sintiéndose extrañamente halagada e incómoda al mismo tiempo—. Sabes muy bien que Nessa y Sherri hacen que parezca una ardilla. Además, la última vez que me viste, me había desmayado como una niña tonta y probablemente parecía poco más que un despojo humano. Para mis amigos soy Talia, simplemente Talia.

El deán dio media vuelta y bajó con prisa las escaleras, al parecer muy satisfecho de sí mismo. Kris se rió entre dientes, Dirk sonrió y ambos le ofrecieron su brazo. Ella los aceptó, sintiéndose muy pequeña entre aquellos dos hombres. Apenas cabían los tres por el hueco de las escaleras.

—Bueno, granuja, lo has vuelto a conseguir —dijo Dirk a su amigo, guiñando los ojos al dejar la oscuridad de la escalera y entrar en el pasillo iluminado—. Yo me quedo con un flacucho ex ladrón con el apetito de un caballo y en cambio, ¡fíjate lo que consigues tú! No es justo. —Miró a Talia desde sus casi dos metros y le dijo con sorna:

—Supongo que ahora que has podido echarle un buen vistazo al famoso rostro de mi amigo, el resto de nosotros no tenemos ni una oportunidad.

—Pues yo no estaría tan seguro —respondió Talia con cierta picardía—. Ya lo había visto antes y, bueno, aún no he caído desmayada sus pies ¿no? Mi padre y mis hermanos eran tan guapos como él. No te lo tomes a mal, Kris, pero tengo sobradas razones para desconfiar de los hombres guapos. Preferiría que fueras bizco, o que tuvieras verrugas o algo así. Me sentiría mucho más cómoda si fueras un poco menos perfecto.

Dirk rió a carcajadas ante la expresión atónita de su amigo.

—¡Esto sí que es nuevo para ti, amigo mío! ¡Rechazado por una mujer! Ahora ya sabes lo que se siente.

—Es raro —contestó Kris con buen humor—. Es bastante raro. Sin embargo, debo decir que también me siento aliviado. Pensaba que Elcarth había perdido el juicio asignándome a una

mujer. Recuerda que solo te he visto una o dos veces, ¡y no intercambiamos mucha información personal en aquel momento! Creía que serías como Nessa. ¡Cuando ella está cerca, me siento como un animal acorralado! —De repente, pareció avergonzado—. Tengo la sensación de que he metido la pata, espero que no te importe que sea sincero.

—No te preocupes. Yo también peco de franca.

—Vaya, pareces una persona muy sensata. Creo que nos llevaremos bien.

—Siempre que no te coja manía. —Talia estaba un poco molesta porque asumiera tan alegremente que caería cautivada por sus encantos—. ¿Nunca te han dicho que no hay que vender la piel del oso antes de cazarlo?

Por la expresión del rostro de Kris, estaba claro que no había contado con esa posibilidad y ahora no sabía muy bien a qué atenerse. Dirk, con sus burlas, tampoco resultaba de gran ayuda.

—¡Menudo corte te ha dado! —dijo entre carcajadas—. ¡Por todas las estrellas! ¡He vivido para ver el momento en el que una mujer te pone en tu sitio!

—¡Oh, por todos los cielos! Tampoco es para tanto —dijo Talia sintiendo lástima por él—. Los dos somos heraldos, ¡por favor! Nos las arreglaremos. Además, solo será un año y medio, no es como si me obligaran a casarme contigo.

Imposible describir la cara que puso Kris cuando escuchó que Talia hablaba de casarse con él como si fuera una perspectiva horrible.

—Ya sé que no pretendías insultarme, pero eso desde luego no me ha sonado a halago —se quejó desconcertado—. Me parece que prefiero la actitud de Nessa.

En aquel momento tuvieron que detenerse en mitad del pasillo porque Dirk, paralizado y llorando de risa, era incapaz de seguir. Kris y Talia tuvieron que darle golpecitos en la espalda para ayudarlo a recuperar el aliento.

—Bendita Astera —consiguió articular—. Jamás pensé que vería o escucharía nada semejante. ¡Caray! —Parecía arrepentido y satisfecho al mismo tiempo—. Perdóname, amigo. Es que

verte como el rechazado... ¡Ojalá hubieses visto la cara que has puesto! ¡Como si te hubieses tragado un sapo vivo!

—Lo que significa que no le puede pasar nada peor en lo que queda de semana. Escuchad, así no llegaremos nunca a la ceremonia —señaló Talia— y ya vamos con retraso.

—De nuevo tiene razón —dijo Dirk, cogiéndola del brazo.

—¿Cómo que «de nuevo» tiene razón? —preguntó Kris con suspicacia, mientras avanzaban a toda prisa por los pasillos.

Afortunadamente, ya estaban en la puerta del gran salón y Dirk no tuvo que contestar a esa pregunta.

Dirk estaba teniendo algunos problemas para identificar ciertos extraños sentimientos que surgieron en el momento en que Talia abrió la puerta de su cuarto. La última vez que vio a la heraldo de la reina, esta caía a sus pies desmayada por la extenuación, tras vivir un espantoso trance mental y emocional. Después supo que había sido testigo del asesinato de la heraldo mensajera Ylsa y que salvó la vida de la amante y compañera de esta, Keren, tras conseguir sacarla de una conmoción letal. A continuación, y sin poder descansar, tuvo que guiarlos mentalmente a él y a su amigo hasta el lugar donde se había producido el asesinato. Aquella adolescente pequeña y de apariencia frágil despertó en él un fuerte instinto de protección además de una gran admiración por su valor. La llevó en brazos hasta su habitación y dio órdenes de que la metieran en la cama. Además, le dejó un té medicinal preparado para que lo tomara en cuanto se despertara para contrarrestar el inevitable dolor de cabeza que tendría. En aquel momento, solo sabía que era una joven completamente exhausta, pero cuando, horas más tarde, le contaron toda la historia, quedó estupefacto ante su coraje y resistencia.

Y sin embargo, parecía tan frágil que era casi natural sentir la necesidad de protegerla, incluso aunque sus acciones demostraran que no era tan vulnerable como parecía. Al menos, pensó, en aquella época solo sentía el impulso de protegerla. Sin embargo, volver a verla en esta ocasión había removido

algo más complicado, algo que no estaba seguro de querer reconocer. Por eso, intentó tranquilizarse como pudo bromeando con Kris. Pero incluso mientras estaba paralizado por la risa, en el fondo de su mente sintió una vaga inquietud, como si su subconsciente quisiera avisarlo de que no podría ignorar aquel asunto por mucho más tiempo.

Talia no quería que la traicionaran los nervios, pero le estaban afectando a pesar de todos sus esfuerzos. También se sentía culpable por lo que le había dicho a Kris y esperaba que su futuro mentor lo achacara al estrés de la situación.

El gran salón, libre de mesas, con los bancos situados a lo largo de las paredes y todas las velas y lámparas encendidas, brillaba como un cofre dorado. Los cortesanos y notables vestían sus mejores galas y lucían joyas de oro, plata y piedras preciosas que atrapaban la luz y la reflejaban de modo que el conjunto centelleaba como el joyero de una dama de alta alcurnia. Entre los nobles cubiertos de oro, destacaba el rojo carmesí de los bardos, el verde esmeralda de los sanadores, el azul claro de los oficiales de alto rango de la guardia y el ejército y el blanco inmaculado de los heraldos. Todos aquellos que debían ser anunciados llevaban sobre sus vestimentas los rígidos y pesados tabardos cubiertos de bordados, que identificaban a un clan familiar o un gremio. Los hombres y las mujeres de la guardia de servicio vestían su discreto uniforme azul oscuro y rodeaban la sala apoyados contra los muros, enmarcando toda la escena.

La heraldo de la reina y sus acompañantes ocuparon su lugar detrás del trono. Talia se situó detrás y ligeramente a la derecha de Selenay mientras que Kris y Dirk se colocaron uno a cada lado de Talia, algo retrasados. Talia tenía la sensación de que formaban un trío impresionante y temible para aquellos que habían acudido a la ceremonia temerosos de encontrar alguna debilidad.

Sin embargo, también había cierta inquietud, la inquietud que había estado sintiendo durante las tres semanas pasadas, pero

magnificada. Y por más que lo intentaba, no conseguía averiguar por qué.

La ceremonia comenzó. Talia decidió ignorar lo que no podía cambiar y puso todo su empeño en parecer agradable y competente. No estaba segura de si lo estaba consiguiendo, pero percibió que parte de ese nerviosismo general se reducía después de un rato.

Intentó infundir un poco de confianza en la joven heredera que comenzaba a derrumbarse bajo la presión. Buscó su mirada con la intención de tranquilizarla, pero la expresión de Elspeth era tensa y nerviosa y sus ojos estaban vidriosos.

Elspeth no lo llevaba tan bien como Talia. Durante la ceremonia, se esperaba de ella que respondiera a cada uno de sus nuevos vasallos con una especie de discurso personalizado, pero, a mitad del rito, ya comenzaba a no saber qué decir.

Kris fue el primero, gracias a su buen oído para la música, en detectar que Elspeth titubeaba y dudaba al hablar. Cuando se acercó el siguiente noble, le susurró:

—Su hijo le acaba de dar su primer nieto.

Elspeth lo miró con inmensa gratitud al acercarse a escuchar la promesa de lealtad de su nuevo vasallo. Mientras el noble se incorporaba con dificultad, tras prestar juramento de rodillas, la heredera lo felicitó por el feliz acontecimiento. Al retirarse, el rostro del caballero reflejaba una mezcla de sorpresa y placer, puesto que desconocía que nadie más se hubiera enterado de la noticia, aparte de sus familiares más cercanos.

Elspeth decidió en aquel momento que Kris cumplía todos los requisitos necesarios para ser elevado a los altares y dedicó una radiante sonrisa a ambos heraldos antes de que llegara el siguiente noble.

Dirk reaccionó con rapidez y le proporcionó la información que necesitaba. Kris contraatacó con más datos acerca de los dos siguientes. Elspeth comenzó a brillar ante las agradecidas mira-

das de los cortesanos, reviviendo tan rápidamente como antes había languidecido. Kris y Dirk comenzaron entonces a apuntarse tantos en una improvisada competición mientras la reina se limitaba a mirarlos impasible.

Por fin, el último dignatario juró vasallaje y los tres heraldos ocuparon sus lugares correspondientes en el círculo para prestar juramento con sus demás colegas. Los siguieron los círculos de los curanderos y bardos, y después llegó el turno de los numerosos clérigos y sacerdotes que juraron lealtad en nombre de sus órdenes y fieles.

Y así concluyó la larga ceremonia sin un solo contratiempo.

La compañía de la reina bajó de la tarima para dar paso a los músicos del círculo bárdico, que inmediatamente comenzaron a interpretar música de baile.

Talia se reunió con Elspeth en la habitación adornada con grandes ventanales y bancos tapizados de terciopelo, a la que solo accedían los más allegados a la reina.

—¿Qué hacíais los tres? —preguntó con curiosidad—. Yo estaba demasiado lejos para escuchar nada, pero parecías pasártelo en grande.

—¡Los dos heraldos que te acompañaron son maravillosos! —exclamó Elspeth—. Ya no se me ocurría nada que decir y ellos me fueron soplando todo lo que necesitaba saber. No cosas importantes, sino lo que las personas que se acercaban a mí querían oír, ya sabes, asuntos de nobles. Después comenzaron a competir y eso fue lo más divertido; escuchar cómo discutían sobre cuántos puntos valía una información u otra. Mi madre apenas podía aguantar la risa.

—Me lo imagino —sonrió Talia—, ¿quién ganó?

—Yo —contestó Kris a sus espaldas.

—Pero solo porque no se me ocurrió preguntar por las ovejas —le corrigió Dirk.

—¿Las ovejas? —demandó Talia—. ¿Qué ovejas? ¿Debería preocuparme por las ovejas?

Dick sonrió disimuladamente y Kris lo miró con reproche.

—No pasa nada —respondió Kris, algo molesto—. Cuando murió el marido de lady Fiona, ella y la maestra del gremio de las tejedoras pensaron en aumentar sus respectivas fortunas con la creación de un proyecto conjunto. Importaron de más allá del sur de la frontera unas ovejas que dan una lana tan suave y fina como la de los corderos. Y ahora que por fin han conseguido que se adapten a nuestros duros inviernos y han duplicado su rebaño con los corderos nacidos esta primavera, parece que todo el mundo quiere comprarles las ovejas, su lana o el tejido fabricado con ella.

—No estamos aquí para hablar de ovejas ni debatir sobre la cría de ganado —dijo Dick con firmeza—. ¡Guarda tus sucias artimañas para otra ocasión, socio!

—¿Mis sucias artimañas? ¿Quién es el que se reía entre dientes hace solo unos minutos?

—Dejémoslo ahí, que estamos en una fiesta. Te pido que me concedas el primer baile, Talia, puesto que mi amigo te tendrá para él solo durante un año y pico.

—Y como yo me quedo sin acompañante —añadió Kris—, me encantaría pedir este baile a la última elegida del collegium.

—¿Madre? —suplicó Elspeth a la reina. El gran atractivo de Kris no le había pasado desapercibido, pero el hecho de que además quisiera bailar con ella hacía que la emoción fuera aún mayor.

—Cariño, esta es tu fiesta. Si quisieras trotar con tu Compañera por todo el gran salón, podrías hacerlo, siempre que estuvieras dispuesta a aguantar después la cólera del senescal cuando viera marcas de cascos en su precioso suelo de madera.

Sin esperar más bendiciones, Kris la guió con suavidad hasta la zona de baile.

Dirk miró a Talia reclamando una respuesta.

—¡Oh, no! —rió Talia—, no sabes lo que pides. Bailo como un campesino. No tengo sentido del ritmo y siempre piso a mi pareja.

—Tonterías —replicó Dirk, apartándose un mechón rubio de los ojos con un movimiento de cabeza—. Eso es porque nunca has tenido la pareja de baile adecuada.

—¿Y ese eres tú? ¡Y dices que Kris es vanidoso!

—Mi querida Talia —se defendió, mientras la conducía cadenciosamente por la habitación—, no confundas sinceridad con vanidad. Te puedo asegurar que mi estilo bailando compensa con creces mi aspecto.

Talia no tuvo más remedio que admitir que tenía toda la razón. Por primera vez en su vida, estaba disfrutando de un baile, casi resultaba mágico lo bien compenetrados que estaban. Dirk también parecía satisfecho con ella porque la cedía de muy mala gana a otros bailarines.

Kris, por otro lado, a pesar de las miradas de deseo que le dedicaban casi todas las jóvenes allí presentes, solo bailó con mujeres mucho mayores que él o con Elspeth y Talia.

—Espero que no te importe que te utilice así —se excusó después del sexto o séptimo baile.

—¿Me estás utilizando? —preguntó intrigada.

—Como escudo. Bailo contigo para que no me devoren ellas —dijo señalando con la cabeza a un grupo de bellezas que languidecían observándolo—. No puedo bailar siempre con mujeres mayores, Elspeth tiene que cambiar de pareja de vez en cuando y los únicos heraldos que sé que no intentarán seducirme sois Keren, Sheri y tú. Y esas dos no bailan.

—Es agradable saberse deseada —contestó con ironía.

—¿He vuelto a meter la pata?

—No. Y no me importa que me utilices. Después de todo, a estas alturas, ya sabrán todos que vamos a trabajar juntos, así que pensarán que estamos aprovechando la ocasión para conocernos un poco mejor. Así puedes evitarlas sin herir los sentimientos de ninguna.

—Qué bien me entiendes —dijo con alivio—. No quiero hacer daño a nadie, pero todas parecen pensar que si se arrojan a mis brazos, no tendré más remedio que tomar a alguna, a corto o largo plazo, eso les da igual. Parece que a nadie le importa lo que yo quiero.

—Bueno, ¿y qué quieres? —preguntó Talia.

—El collegium —contestó para su asombro—. El collegium se lleva casi todo mi tiempo y energía, y así es como quiero que sea. Estudio mucho por mi cuenta; Historia, Administración, Derecho... Me gustaría ser el sustituto de Elcarth como deán e Historiador cuando él se retire, y eso requiere una gran preparación. No me queda mucho tiempo libre y el que tengo no quiero desperdiciarlo con juegos de amor cortés, ni con aventuras pasajeras.

Talia lo miró con renovado respeto.

—Me parece maravilloso. El trabajo de Elcarth es de los más duros y desagradecidos que hay. En algunos aspectos, es incluso peor que el mío. Quizá esté hecho para ti. No creo que sea posible servir al collegium y, al mismo tiempo, prestar a otra persona la...

—La atención que requiere una relación como dios manda —apostilló—. Gracias. ¿Sabes que eres la única persona, además de Dirk, que no me ha llamado loco?

—Pero ¿qué harías si te enamoraras?

—No lo sé, aunque no creo que ocurra. Seamos realistas, Talia, los heraldos raramente se atan a nada ni a nadie. Somos amigos, eso siempre, y a veces las cosas se ponen un poco intensas, pero no suele durar mucho. Quizá se deba a que primero entregamos nuestro corazón al Compañero, luego al deber y supongo que no hay muchos de nosotros capaces de tener un tercer amor. Los que no son heraldos no parecen entenderlo y, a decir verdad, muchos de nosotros tampoco. Pero mira tu alrededor, Sherrill y Keren son la única pareja duradera que conozco y yo no estaría dispuesto a conformarme con menos de lo que tienen ellas. Por eso me escondo detrás de ti.

—Pero no puedes esconderte para siempre.

—No tendré que hacerlo —contestó guasón—. Solo hasta que termine la fiesta. Después, estaré a salvo en el campo, acompañado por la única persona que piensa que estaría mejor bizco y cubierto de verrugas.

Dirk la reclamó de nuevo y, durante el siguiente baile, Talia reparó en que cada vez había menos siluetas vestidas de blanco en la sala.

—¿Adónde ha ido todo el mundo? —le preguntó intrigada.

—Como no es habitual que nos reunamos tantos de nosotros en un mismo sitio —contestó—, cuando comencemos a cansarnos de bailar, nos retiramos a nuestra propia fiesta privada. ¿Te apetece ir?

—¡Cielos brillantes, sí! —contestó con entusiasmo.

—Voy a avisar a Kris. —La condujo hasta donde estaba Kris bailando con una animosa abuelita y señaló con un gesto la puerta. Cuando Kris asintió, Dirk se las arregló para terminar el baile junto a la salida mientras los músicos interpretaban la última estrofa.

Kris se reunió con ellos tras acompañar a su pareja de baile hasta su asiento.

—Lástima, porque esta me gustaba. Durante todo el baile no ha parado de amenazarme con llevarme a su casa para darme de comer «en condiciones» y luego «enseñarme lo que es bueno», y creo que no se refería a bailar ni a mis modales —dijo entre carcajadas—. Supongo que Talia ya se quiere marchar, ¿no? Yo también.

—Bien, entonces estamos todos de acuerdo —contestó Dirk—. Talia, ponte algo más cómodo, trae algo donde sentarte y una prenda de abrigo por si terminamos la fiesta fuera. Si sabes tocar algún instrumento, tráelo también. Nos vemos en la biblioteca.

—¡Esto parece un juego de espías! —rió nerviosa.

—Y no te equivocas —respondió Kris—. Nos esforzamos mucho para mantener estas fiestas en secreto. Ahora vamos, date prisa ¡o nos marcharemos sin ti!

Se recogió las faldas del vestido con ambas manos y corrió ligera por los pasillos del palacio. Cuando llegó a su torre, de nuevo volvió a subir los escalones de dos en dos. Una vez en su habitación, solo se detuvo el tiempo suficiente para encender una lámpara antes de desabrocharse y quitarse el vestido. Aunque tenía prisa, lo colgó con mucho cuidado, no estaba dispuesta a hacerle ningún desgarrón. Después se puso lo primero que vio. Se quitó la cinta de la cabeza, dejando que el pelo le cayera sobre la cara mientras guardaba con cuidado a *Mi Dama* en su estuche y se colocaba la flauta en el cinturón. Luego se colgó la funda del

arpa al hombro, cogió un viejo abrigo de lana de sus días de estudiante, un cojín y ya estaba preparada para salir.

Bueno, casi. Al recordar lo que Jeri le había dicho sobre los cosméticos, hizo una parada en el baño situado en la base de la torre para arreglarse un poco y corrió hacia la biblioteca.

Cuando abrió de golpe la puerta de la biblioteca, descubrió que los dos heraldos ya estaban allí, aunque seguramente ellos no habían tenido que subir varios tramos de escalera.

Kris iba vestido de negro y su aspecto era demasiado poético para describirlo con palabras. Dirk llevaba un conjunto gris y azul, mal combinado, que parecía haber cogido directamente del montón de la ropa limpia (como probablemente sería el caso). Los dos alzaron la mirada cuando escucharon que la puerta se abría.

—¡Talía! Vaya, no te entretienes tanto como mis hermanas —la saludó Dirk—. Ven aquí, y te incluiremos en el secreto.

Talía atravesó la habitación hasta el primer cubículo de estudio, donde ambos la esperaban.

—Los primeros en marcharse siempre se reúnen aquí para decidir dónde seguirá la fiesta —le explicó Dirk— y dejan algo para indicar a los demás adónde acudir. En este caso, es esto.

Le señaló un libro abierto encima de la mesa que trataba sobre cómo fabricar arneses.

—Déjame adivinar —dijo Talía—. ¿El establo?

—Casi. El cobertizo del campo del Compañero. Mira, el libro está abierto por el capítulo dedicado a las sillas de montar especiales que solemos usar —aclaró Kris—. La última vez dejaron una piedra encima de la copia de un texto religioso; utilizamos el templo a medio construir junto al río porque veníamos por aquí demasiado a menudo. Un poco frío para mí gusto aunque, según tengo entendido, aquellos que tienen pareja disfrutan dándose calor.

Talía reprimió una risilla nerviosa mientras salían de la sala.

---